

México no ha dado su secreto, aún, a nadie, o mejor dicho, nadie, si lo ha sorprendido, ha podido expresarlo en una síntesis que satisfaga a la inteligencia y conmueva al corazón.

País y pueblo contradictorio, vasto, heterogéneo y amorfo, parece que nunca se acaba de conocerle y se resiste uno a creer haberle comprendido. Dentro del caos que es la era contemporánea, México es otro caos, sometido a vertiginosas influencias y con una fisonomía que nunca se fija en el tiempo.

Ni poeta, ni filósofo, ni pintor, han podido ofrecer a los hombres la verdadera imagen de México, en una aproximación genial, fuerte, que sobreviva a todas las objeciones. Los mexicanos no lo han logrado, tal vez por estar dentro del drama; los extraños, han producido concepciones simplistas, llenas de fervorosa candidez, que son deleznable como la sonrisa del trópico.

Simplificar, hallazgo de aparentes elementos irreductibles. México, para los que no han podido entender el caos occidental, es un pueblo de civiprecortesiana; para los que se sienten fuera de la intensidad expresiva de otras culturas que no sean la clásica de Europa, México es tan sólo una prolongación del Viejo Mundo al través de España. Naturalmente, son numerosísimos los que optan por un cómodo término medio que viene a ser un mestizaje de procesos, de simientes, de fuerzas humanas. A estos últimos hay que ponerles enfrente un dato único: *México, es un pueblo en el que conviven todas las etapas de la civilización, desde la troglodítica hasta la de última hora.* Conviven, mezcladas y sin mezclarse. Parece que es mejor aceptar que México es un laberinto, en el que es muy fácil desorientarse y más aun, perderse del todo. Como laberinto, tal vez sea posible encontrar su sentido, su misterio, su sueño, y, finalmente, su secreto. Para esto, se necesita un genio, poeta y filósofo a la par. México no lo ha tenido, ni se lo ha enviado el especialismo europeo o norteamericano. Pero Rusia, tan distante, tan cercana a la vez, se lo ha ofrecido, como obedeciendo al impulso religioso de ligar por una fuerte expresión humana a dos pueblos tan afines en la calidad de sus complejos. A México ha llegado Sergio Eisenstein.

El hombre.—He tenido el privilegio de escuchar su silencio, a lo largo de caminos que se encajan en irreconciliables montañas del Anahuac. Hacia el Sur, el esplendor de una selva negra; al Norte, desolación de estepa, polvo de miseria y de abandono. Por otro lado, los gigantes de nieves encendidas.

Profundo silencio de espíritu absorto y sorprendido. A dos mil quinientos metros

Eisenstein en México

= De La Gasetta Literaria, Madrid =



Eisenstein

de altura, en invierno, y bajo las saetas de un crepúsculo de los trópicos.

Grita como colegial; pateo como un niño rabioso; dice las cosas más pueriles que pueden salir de labios de un adulto; sonríe con frescura adolescente y luego lanza sarcasmos de cinismo inaudito, de una desfachatez cruel y amarga. Tiembla emocionado frente al paisaje divino; casi se precipita a besar los labios destrozados de un Cristo antiguo y a continuación urde una ironía satánica sobre la Madre de Cristo. Se deshace en cumplimientos; no da las gracias por atenciones mexicanísimas que se le dispensan. Pero siempre, sin titubeos, sin dudas, va directamente a lo genuino, a lo puro, a lo exquisito. En la multitud de estímulos que son los productos de nuestras artes populares, hay lo exótico, lo trivial, lo mimético. Sergio Eisenstein, comprando estos productos en las ferias, escogió constantemente aquello de una delicadísima calidad artística.

Entra en una librería, se cree que va a salir con una completa documentación mexicana y aparece lleno de secretos de policía, de casas de vicio, de toda imaginable podredumbre. Obligado en ocasiones al ocio, lo aniquila lápiz en mano, trazando con velocidad asombrosa, dibujos de una sarcástica tan insinuante y ruda, que no puede menos de exclamarse: ¿es éste el hombre que hizo *Potemkin*? Dibujos de un movimiento maravilloso, de plástica dominante, muestran tan ínfimo concepto

del hombre que arrojan al desengaño, a una furiosa antipatía antisocial.

Mas a poco resurge el hombre enmudecido, que al ver un grupo de danzantes aborígenes de alguna festividad religiosa, enciende su rostro en devoción estética y en fecundos impulsos creadores.

Si México es un enigma, Sergio Eisenstein es un hombre al que jamás se le adivina el pensamiento; pero que sonríe con una lealtad de infante. Dicen quienes han analizado a Chaplin que es como un niño; Eisenstein confirma esta opinión; de él podríamos decir que es el más ingenuo y el más malicioso de los hombres. Cree en la vida y niega la vida, radicalmente, sin posible término conciliador. Su obra cineplástica, corresponde, tal vez, a uno de sus extremos; en el otro, colocaríamos su obra pictórica, tan estupenda, tan viva, tan imborrable como la primera.

Mencionar sus hechos, recordar sus palabras, produce a la par dolor y alegría. Repugnancia y amor. Al fin, más allá del hombre complejo, triunfa su personalidad de hombre superior, que inunda de simpatía.

Eisenstein, impone silencio con su sola presencia; infunde terror con su mirada; su pensamiento transporta a regiones tan elevadas que desde ellas se desdeña la miseria habitual de lo cotidiano. Eisenstein, es un genio.

Su obra mexicana.—Fuí un niño en haber creído que podría hacer algo en Hollywood—, dice, plénamente satisfecho de haber salido de ese abismo de mediocridad que es California. Si se hubieran entendido, o era que Eisenstein era un Lubitsch o que Hollywood se había vuelto lo mejor del mundo. Lo segundo era tan remoto que Eisenstein habría de ser él mismo.

Esta ficha en el tapete del destino, nos lo trajo a nuestra patria, este México mexicano necesitado tan urgentemente de inteligencias reveladoras de sus misterios. Estamos cansados de personajes que nos vienen a examinar con prestancia de visitantes de parque zoológico; hartos de las mentiras que sobre nuestra vida han urdido infinidad de sospechosos escritores yanquis. Necesitamos un hombre puro, valiente, audaz, lo contrario de un hombre de negocios, un hombre que desprecie el dinero, la alabanza, la fiesta, el baile, los banquetes, las fotografías en primera plana, las entrevistas, las declaraciones, etc.

¡Qué fortuna para México que nos vino ese hombre extraordinario! Y aquí está, para crear en términos de la cineplástica más pura, el poema sociológico de la vida mexicana y un nuevo género de la cámara que vendrá a ser como una equivalencia del libro de viajes y del ensayo de interpretación social.

Un poema cineplástico, no podrá decirlo